

Carlos Valedón: “La apertura es una característica del psicoanálisis venezolano”

María del Carmen Míguez

Sumario

El reconocido psicoanalista recuerda en esta conversación su propio camino profesional, a la vez que plantea aspectos inquietantes del psicoanálisis actual: la resistencia a los cambios y la pérdida de espacios en el campo de la salud.

¿Cómo se inició en el psicoanálisis?

Llegué al psicoanálisis por un camino no muy usual, si lo comparamos con la manera como llegan las nuevas generaciones. En la medida en que las ideas psicoanalíticas se han difundido más, las personas llegan al psicoanálisis por caminos más cortos y directos.

Comencé mi formación psiquiátrica en un grupo que no era muy propenso al psicoanálisis, al contrario, más bien era antagónico del psicoanálisis. La persona líder de ese grupo, con quien yo tenía –quizás, hoy puedo decirlo– una transferencia idealizada, ejercía una influencia muy marcada en las cosas que yo podía pensar en ese momento.

¿Ya usted era psiquiatra?

Sí, era psiquiatra. Cuando comencé mi camino por la psiquiatría, que fue mientras cursaba tercer año de Medicina, tuve contacto con doctores que no tenían este antagonismo, aunque tampoco tomaban las ideas de Freud como fundamentales. Pero esta persona con quien hice la formación psiquiátrica, con quien trabajé y de cuyo servicio fui primer adjunto duran-

te muchos años, más bien era total y absolutamente antagónico, particularmente, a Freud.

Sin embargo, en el servicio había otros colegas que sí simpatizaban: Moisés Feldman, José Luis Vethencourt, que veían con simpatía las ideas freudianas. Inclusive, ejercían en su vida profesional la actividad psicoterapéutica. Hoy la Sociedad Venezolana de Psicoterapia lleva el nombre de Moisés Feldman, que fue uno de los promotores de la psicoterapia en Venezuela.

En un momento dado, y como parte de mis deseos de seguir estudiando, decidí irme a Francia, a hacer de Asistente Extranjero a través de la Universidad de París.

¿En qué año fue?

Eso fue en 1968. A través del doctor Mata de Gregorio, que era jefe de la cátedra y tenía conexiones, se hicieron las diligencias universitarias y me aceptaron en el servicio de Jean Delay, del Sainte Anne Hospital de París, vinculado al núcleo de la Universidad de París. Con Delay, específicamente en el servicio de Piere Deniker, estuve un año haciendo un *stage*. Él era muy conocido en el mundo psiquiátrico por sus estudios psicofarmacológicos. En ese servicio, en 1952, se descubrió la clorpromacina, o “Largactil”, que generó un cambio importantísimo en el tratamiento. Era un antipsicótico menor, un neuroléptico menor, que tenía un efecto antipsicótico pero también tranquilizante.

También estaba Pichon Rivière. Al final teníamos que presentar un trabajo para obtener el título de Asistente Extranjero de la Universidad de París. El mío se tituló “Algunas consideraciones de las personalidades psicopáticas”, que fue aprobado obteniendo así mi diploma. Simultáneamente, asistí a unos seminarios y presentaciones clínicas que tenía Lacan, en el pabellón “Henri Russel” los sábados a las once de la mañana. Con Henri Ey estuve un año, en un Círculo de Estudios Psiquiátricos al que íbamos un grupo de colegas franceses y extranjeros, por lo que obtuve una pequeña certificación.

Cuando llegué a París, llevaba la inquietud no de estudiar psicoanálisis, pero sí de psicoanalizarme. Tan pronto llegué, contacte al doctor Manuel García Barroso, psicoanalista que había trabajado con algunos colegas aquí en Venezuela y que me fue recomendado. Comencé mi análisis personal con él a una frecuencia de cuatro veces por semana y lo mantuve hasta que regresé nuevamente a Venezuela.

Cuando inicié mi análisis no tenía planteada la idea de que el psicoanálisis podría ser para mí una carrera, un destino profesional. Era más bien un deseo personal de trabajar y mejorar ciertos aspectos que consideraba que no andaban muy bien.

¿Y por qué no lo consideraba un destino profesional?

Porque en ese momento no sabía si el psicoanálisis me podría interesar lo suficiente como para transformarlo en una forma de trabajo. Las condiciones del psicoanálisis en Venezuela eran muy limitadas en ese momento. Sólo había un curso en marcha. No había mucho conocimiento por parte de la gente sobre qué era el psicoanálisis, yo no conocía a los psicoanalistas. De manera que era un área restringida, con la que entraban en contacto solamente algunas personas muy interesadas que habían estado en el Centro de Salud Mental de El Peñón, que fue, digamos, el nido del psicoanálisis aquí. El centro de El Peñón, con la llegada de algunos psicoanalistas argentinos como César Otalagano y apoyados por el doctor Luis Domínguez –psiquiatra y director de Salud Mental–, se convirtió en el pionero de la difusión de las ideas psicoanalíticas. Independientemente de los psicoanalistas que estaban regresando formados del extranjero, como el doctor Guillermo Teruel, Manuel Kiser, Antonio García, Hugo Domínguez o William Hobaica, que estaban en proceso de formar la Asociación Venezolana de Psicoanálisis (Asovep) que fue reconocida luego por la Internacional.

Cuando terminé en París en el hospital Sainte Anne, me puse en contacto con una institución que en ese momento era un hervidero de ideas y de inquietudes en el distrito XIII de París, en un momento en que estaba muy en auge la psiquiatría comunitaria después del Mayo Francés de 1968. El Centro de Psiquiatría Comunitaria y de Sector del Distrito XIII estaba muy influido por las ideas de cambio y por el deseo de que los analistas comenzaran a participar en la actividad pública. En ese centro, tanto en la parte de adultos –en la Rue de la Colonie– como en el departamento de niños “Alfred Bidet” donde estaba Serge Levovici, trabajaban casi todos los psicoanalistas de la Sociedad Psicoanalítica de París: Racamiere, Pomelle, André Green. Entré en contacto con psicoanalistas trabajando a niveles diferentes del consultorio y el diván. Racamiere, que trabajaba con psicóticos, publicó un libro titulado *El psicoanálisis sin diván*. Y esas experiencias comenzaron a despertar la idea, más cercana, de que el psicoanálisis podía

ser para mí un futuro. Aunque no tenía muy claro cómo podía implementar ese proyecto en Venezuela, tenía compromisos con la universidad y debía regresar al servicio al cual estaba adscrito y de donde salí con un permiso sin remuneración.

En realidad, cuando regresé tuve muchas dificultades. Porque, si bien venía de París y traía experiencias novedosas como la psiquiatría de familia y la psicoterapia de grupo, que traté de implementar y me resultó muy complicado. Venía con una orientación psicoanalítica más marcada, mi interés por el psicoanálisis se había hecho más evidente y comencé a tener serias dificultades con algunos colegas, lo que me obligó más adelante a renunciar. En 1971, al regresar, estaba haciendo su formación como psiquiatra el doctor Fernando Batoni, a quien me asignaron para supervisar junto con Guillermo Feo y otros estudiantes de postgrado. Fernando, que se estaba analizando, me dio el nombre de Guillermo Teruel. Porque a los pocos días de regresar y debido a todos esos conflictos –el cambio de ambiente y de espacio, tanto cultural como científico entre París y Caracas– comenzaron a moverse nuevamente en mí muchas angustias y frustraciones y consideré necesario continuar mi psicoanálisis. Me entrevisté con el doctor Teruel con la idea de tomar un grupo de terapia con él y me preguntó si yo no estaría interesado en hacer la formación psicoanalítica, pues estaba por abrirse un nuevo grupo y él veía que tenía posibilidades, experiencia y currículum para realizarla. Eso me animó muchísimo, presenté mi aspiración como candidato al instituto de Asovep y fui seleccionado junto con otros colegas para hacer el segundo curso de formación psicoanalítica de la Asociación Venezolana de Psicoanálisis. En ese momento estaba egresando la primera promoción conformada por Serapio Marcano, José Meliá, Jesús Fuenmayor y Sanz Castrillo.

Cuando usted entra como candidato a la Asovep, completamente empapado del pensamiento psicoanalítico y psiquiátrico francés, ¿cómo siente que son recibidas esas ideas, ese estilo de psicoanálisis? ¿Cuál era la corriente de pensamiento predominante en la Asociación?

Mi contacto con el psicoanálisis en París, aparte de las conferencias a las que asistía, era un psicoanálisis que estaba en acción, desplegándose en la asistencia pública. No era un psicoanálisis que podía apreciar desde el punto de vista de la formación propiamente, era una información muy amplia y muy insertada en la comunidad.

¿Como un psicoanálisis aplicado?

Sí, como un psicoanálisis abierto. Donde los colegas que estaban allí trabajando, aunque estaban psicoanalizados, no aspiraban necesariamente a la formación psicoanalítica. Ésa fue una de las perspectivas que a mí me marcaron mucho. La posibilidad de analizarse y tener mucha información psicoanalítica, aunque uno pudiera no querer ser psicoanalista como tal. Y en donde psicoanalizarse era algo fundamental para poder trabajar.

Al terminar en Francia, me fui a Londres por seis meses, para conocer el ambiente psicoanalítico inglés. Casi todos los colegas que llegaban a Francia desde el extranjero venían de Londres. Entonces, Serge Levovici me hizo recomendaciones de su puño y letra para Anna Freud y para John Bolby, con quienes me puse en contacto y tuve entrevistas al llegar. Mientras estuve allí, pude asistir tanto a la Hanstead Clinic de Anna Freud, como a las reuniones clínicas de la Thavistoc Clinic, donde asistía John Bolby. En Londres, se encontraban algunos colegas latinoamericanos como el peruano Max Hernandez, que estaba haciendo su formación.

Todo ese ambiente tan rico, con diversidad de criterios, me hacían pensar en el psicoanálisis como una actividad amplia. Llegué en julio del 71, y seis meses después comencé a hacer contactos para abrirme camino en el psicoanálisis venezolano. Una vez que soy aceptado como candidato en la Asovep, me intereso más por lo que ofrecía el Instituto, obviando las diferencias con el ambiente amplio y abierto del que venía.

Claro, en París tenía la oportunidad de escuchar casi todas las semanas a un gran conferencista: recuerdo a Hanna Segal. Hice psicodrama analítico con Judith Kastemberg, hice psicoterapia de grupo con A. Didier. En fin, eran tal el estímulo y tal la cantidad de actividades que se ofrecían, que vivía prácticamente de un lado a otro. Como te dije, fui también a unos seminarios de Lacan, pero como era muy tumultuosa la asistencia, y mi francés no me permitía entender la complejidad de sus ideas, no continué.

¿Entonces es en Venezuela donde ingresa al psicoanálisis de manera formal?

Exacto. Mi formación analítica la hice propiamente en Venezuela. Por supuesto, estimulado por mi estadía en el exterior. Pero es aquí donde logro organizar, darle continuidad y coherencia a mis ideas y aspiraciones en relación con el psicoanálisis. Mi experiencia en el Instituto de Asovep fue muy grata. Estaba ávido de conocer, nunca había estado en una for-

mación así. El nivel de organización de los seminarios, todo, era bastante estimulante.

Lo que sí aprecié desde el comienzo fue que la presencia de autores psicoanalíticos franceses era muy escasa, y que la literatura de estudio era predominantemente de Melanie Klein, Freud y algunos poskleinianos como Bion. El pensamiento francés brillaba por su ausencia, salvo uno que otro trabajo.

Ahora con el tiempo, ¿de qué manera cree usted que esa temporada parisina lo marcó en su ejercicio del psicoanálisis? ¿Cree que le dio algún estilo, que determinó su manera de hacer clínica o de conducir los análisis?

A mí París me marcó fundamentalmente en la vida. Mi experiencia en Francia, unida a mi análisis personal, produjo un cambio significativo, casi trascendental. Yo diría que tengo dos épocas, antes y después de París. No sólo por vivir en una ciudad tan hermosa como es París y con la cual me identifiqué de inmediato. Junto a mi familia podríamos ser catalogados de francófilos o “parisófilos”, por todos sus aspectos: su cultura, el ambiente que se respiraba, la manera de vivir, su *savoir faire*. Obviamente, también me atrae muchísimo el pensamiento de algunos psicoanalistas franceses, aunque no precisamente los de orientación lacaniana.

Los autores franceses recogen las ideas que más sentido me producen cuando las leo. Particularmente, una autora con la que, además, he establecido una relación personal: Jeanine Chasseguet-Smirget me parece una mujer inteligente, creativa, que siempre está a la caza de nuevas ideas, que estudia y escribe mucho y con quien tengo un contacto personal al igual que tenía con su marido —que acaba de fallecer— Bela Grumnberger. Con él tuve la oportunidad de cultivar una relación social y de amistad, y los visité siempre que he tenido la oportunidad de regresar.

Me gusta mucho la tendencia creativa de los franceses. Aun cuando pudiéramos seguir en ellos un trazo muy marcado de las ideas de Freud —que sigue siendo el autor de mayor influencia entre los psicoanalistas franceses—, cada uno tiene su creatividad particular. Cada autor francés es en sí mismo un creador de nuevas ideas, sobre distintos aspectos de la teoría: en el narcisismo, en las relaciones duales con la madre, en el desarrollo, en el crecimiento, en el proceso de individuación. Aquí, hemos tenido la oportunidad de estar en contacto con André Green, Jeanine Chasseguet o Joyce McDougall.

Los franceses siguen siendo los autores con los que me pongo en

contacto más fácilmente. Por ejemplo, en esta nueva etapa que estoy trabajando sobre creatividad, los trabajos de Didier Anzieu me parecen extraordinarios.

¿Ha seguido trabajando el tema de la creatividad?

Sí, y quiero seguir trabajándolo porque hay muchas cosas que me interesan en ese mundo, que uno pretende conocer y a medida que se aproxima se da cuenta que son sólo acercamientos.

El psicoanálisis ha sido acusado más bien de un cierto estancamiento, le ha sido pronosticada una muerte cercana. Sigue siendo muy atacado desde diferentes flancos; bien desde el lado clínico, desde la teoría. Bueno, no ha dejado de ser una piedra incomoda en cierto tipo de pensamiento científico y médico. ¿Cómo ve usted el futuro del psicoanálisis en el ámbito mundial?

Fíjate, desde que Sigmund Freud pronunció su primera conferencia en la Sociedad Médica de Viena, la muerte del psicoanálisis fue decretada por los personajes que lo oyeron. Uno de los problemas que confronta el psicoanálisis –que quizás explica los ataques– es el carácter cuestionador que introduce en toda persona que se pone en contacto con él. Porque modifica sustancialmente los puntos de referencia. Da al traste con la pretensión –a veces también de los psicoanalistas– de tener las cosas en las manos, saberlo todo y manejar la propia vida y el destino de acuerdo con la voluntad. El psicoanálisis plantea que no somos tan dueños de nosotros como pretendemos. Es por eso que se convierte en algo muy incomodo. Recientemente el diario *La Nación* de Buenos Aires publicó un artículo de Mikel Borchjacobsen, psicólogo cognitivo, en donde habla de la desaparición del psicoanálisis. Al leerlo me dije ¡una vez más! En realidad, repetía las mismas cosas que uno viene oyendo desde hace mucho.

Creo que mientras el destino emocional del ser humano dependa de otros, el psicoanálisis tiene vigencia. Porque estamos constituidos en una relación con otro, que nos configura y nos forma como individuos; aunque esa relación sea en gran parte desconocida e inconsciente. El psicoanálisis permite conocerse un poco más y hacer contacto con lo que se es verdaderamente. Para ello es necesario un interlocutor calificado. Mi experiencia per-



sonal y profesional me confirman que el psicoanálisis sigue siendo la oferta más válida dentro de la diversificación de las ayudas *psi*, que existen hoy en día. El psicoanálisis ofrece la posibilidad de llegar a niveles de elaboración a los que no se llegan con otras terapias.

Usted no piensa que ese carácter revolucionario del psicoanálisis de los primeros tiempos, al cuestionar toda una forma de pensar al ser humano y a la mente y las emociones, se ha perdido. Justamente por la manera, quizá, un poco rígida y conservadora de llevarla a cabo; por los procedimientos psicoanalíticos.

Sí, creo que uno de los peligros, en todos los ámbitos en los que se es muy cuidadoso y observador de sí mismo, es perder el sentido de lo que se propuso al comienzo. Creo que todas las instituciones en manos del ser humano tienden a rigidizarse, a convertirse en algo que en lugar de seguir promoviendo los cambios, los impiden o dificultan. El psicoanálisis está pasando por una serie de problemas serios a nivel mundial. Es una inquietud que surge en todos nosotros y que constatamos: en la consulta, en la medida en que cada día son menos las personas que acuden a la búsqueda de un psicoanálisis propiamente, y en los institutos de formación, donde los aspirantes se han reducido.

El psicoanálisis tiene que revisarse a sí mismo, tiene que estudiar con más cuidado los elementos que han contribuido a esto. Porque, quizás, seguimos encadenados a una serie de pautas y de premisas que establecieron los fundadores. Creo que el psicoanálisis es una de las disciplinas que más le ha costado cambiar y que menos riesgos toma en asumir nuevos desafíos.

Frente a los tratamientos farmacológicos o las terapias alternativas que ofrecen mejorías a muy corto plazo, y que de hecho tienen algún efecto positivo en la gente, ¿qué puede ofrecer el psicoanálisis que no sean esos “diez años”, a razón de tres o cuatro veces por semana?

Quizás uno de los lastres que contribuyen más con el prejuicio es lo que acabas de mencionar sobre los diez años. Pensar al análisis como algo que no puede durar menos de diez años. Y, quizás, tenemos que revisar y ver si nosotros mismos, en nuestro ejercicio, no alimentamos la idea de que “eso” que estamos trabajando no se puede resolver sino a largo plazo.

De hecho los análisis de Freud eran bastante más cortos.

Los análisis de Freud duraban seis meses, un año y él consideraba que eran bastante satisfactorios. Podríamos pensar, sin embargo, ¿qué es lo que ha contribuido a que los análisis sean cada vez más largos? ¿Serán el cúmulo de teorías que tienen que manejar los analistas, a veces de manera integrada o a veces de manera exclusiva?, dependiendo si pertenecen o no a una escuela particular. ¿Es el procedimiento?

Claro, el psicoanálisis ha cambiado mucho después de Freud. Y se ha ido ampliando el conocimiento de las complejidades de la mente y de los mecanismos inconscientes. ¿Eso mismo, quizás, ha conducido a que los análisis se prolonguen. En la intención de ir más al fondo de lo inconsciente?

Pienso que hay que revisar si realmente los conocimientos cada día mayores y que seguirán –porque cada analista debe investigar, tener sus propias experiencias, plantear sus propias teorías e hipótesis– justifican la prolongación del análisis. O si, más bien, estamos tomados por prejuicios derivados de la propia experiencia. Nuestros análisis duraron muchos años, a veces a razón de cinco veces por semana. En mi caso, solicité aumentar la frecuencia de mi análisis en París. Comencé yendo tres veces por semana y al mes le pedí a mi analista subir a cuatro. Ésa fue una experiencia muy positiva que corresponde a la experiencia vivencial de esa época.

Pero, ahora, tenemos que preguntarnos si no somos nosotros los que inducimos en los pacientes estas ideas. Como diciendo: “Si yo pase por esto tantos años, por qué lo voy a abreviar”. O el miedo a que un tratamiento de pocos años no sea un verdadero psicoanálisis.

Usted se refiere a un temor al cambio...

Sí, la duda sobre lo verdadero y profundo de una mejoría lograda en dos o tres años. Entonces, comenzamos con la discusión de si la cura es sintomática o es estructural... o si más bien corresponde a un efecto transferencial. Es decir, nosotros ponemos en duda la eficacia del tratamiento. Aunque sabemos, por otra parte, que el análisis puede promover en una determinada persona –por su plasticidad o por su capacidad analítica– una evolución rápida.

Una de las quejas de los analistas recién egresados de la formación es lo largo y exigente de la misma. Esto constituye uno de los grandes desafíos que tenemos por delante. Y existe el temor de que la modificación del entrenamiento psicoanalítico pueda comprometer la calidad del psicoanálisis. Cada vez que se abre la discusión sobre posibilidades de cambio en la frecuencia y duración, tanto de los análisis, como de la enseñanza, surge la pregunta sobre si esos cambios comprometerán la calidad y la especificidad del psicoanálisis.

Sobre todo por el lado de la formación. Porque ese tipo de cuestionamientos en relación con el tratamiento aumentan cuando se refieren al entrenamiento de nuevos analistas ¿Podrían plantearse diferencias de conducción en los tratamientos, de acuerdo con las aspiraciones del paciente de ejercer o no el psicoanálisis? Frente a un paciente que no pretende ejercer como psicoanalista, quizás, se permiten libertades que no caben frente a un candidato.

Sí, creo que el celo del psicoanalista se incrementa en relación con las personas que hacen la formación.

¿Y no le parece razonable esa actitud? Porque éste es un oficio bastante exigente y complicado como para abreviar el entrenamiento a un punto en que no se tengan “garantías” sobre la sucesión dentro del psicoanálisis.

Ése es el problema. La inquietud tiene elementos que la justifican. Pero me pregunto si esa justificación dificulta hacer revisiones más profundas y más amplias sobre los criterios de formación. Algunos se han ido modificando. Pero el psicoanálisis es una institución y como tal procesa de manera lenta los cambios. Existe una idea, una fantasía, de que el tiempo es uno de los elementos que marcan la calidad del oficio. Se piensa que los psicoanálisis tienen que ser largos.

Frente al ejercicio del psicoanálisis en Latinoamérica y el resto del mundo, ¿usted piensa que existe alguna especificidad del psicoanálisis venezolano, algo que nos caracterice, un tipo de pensamiento?

He apreciado a lo largo de mi experiencia científica y administrativa –en los ámbitos nacional e internacional, como miembro del comité ejecu-

tivo de la IPA durante tres años— que la apertura es una característica del psicoanalista venezolano. Aunque en psicoanálisis existen muchos factores: la existencia de las escuelas, la pertenencia institucional, etcétera. En la Sociedad Psicoanalítica de Caracas uno de los elementos que permiten mantener el entusiasmo es la pluralidad. La tendencia a oír lo que el otro dice, y tratar de entender si eso que se plantea diferente puede tener validez o ser útil. Sin enfrentarlo, atacarlo o desecharlo de inmediato.

No sé si es una condición vinculada a las características nuestras como pueblo, que se observa también en el ámbito social. Diría que en Venezuela es mucho más fácil establecer vínculos y camaradería que en otros lugares. A veces en el plano superficial, pero de todos modos existen.

Y eso creo que se refleja en el psicoanálisis. En la Sociedad de Caracas siempre estamos dispuestos a implementar nuevas ideas y somos abiertos frente a las diferentes propuestas. Por ejemplo, ahora, la discusión que se mantiene y que ha dividido prácticamente al mundo psicoanalítico en dos grandes bandos: los que pensamos que la calidad del psicoanálisis no desmejoraría con una disminución de la frecuencia de las sesiones a tres veces por semana; y el otro grupo que califica casi de aberrante esta modificación de los estándares, y considera que terminará por destruir al psicoanálisis.

Fíjate, esto está sucediendo actualmente en el siglo XXI. Me estoy refiriendo particularmente al mundo europeo, que acusan a los latinos de poner en riesgo la calidad del oficio, por la pretensión de modificar un estándar de frecuencia de cuatro a tres. Esto quizás te puede dar muestra del contraste en la manera de pensar.

Aunque en Venezuela existen psicoanalistas partidarios de cada una de estas posiciones.

Exacto, pero tanto en Venezuela como en Latinoamérica predomina el grupo propenso al cambio. Porque Latinoamérica, a través de las distintas sociedades, ha promovido esto y lo ha llevado a la discusión. Fue en este continente dónde se logró, después de muchos años, aprobar una moción relativa a la modificación de los estándares de frecuencia. Y lo que ahora está siendo sometido a revisión son los colegas de Europa, particularmente los ingleses. Porque en Francia los análisis siempre se han hecho tres veces por semana. Además, lo más grave de esto es que existen ejemplos que, ha lo largo de los años, han demostrado que análisis con esa intensidad generan psicoanalistas tan buenos como cualquiera.

Ésa es una discusión que está todavía por hacerse

Sí. El presidente actual de Fepal está cuestionando una moción que se había aprobado, en la cual cada sociedad tiene la libertad de escoger para la formación de sus candidatos, alguno de los tres modelos existentes: el inglés, el francés o el uruguayo. Ahora se van a reunir las tres regiones a discutirla.

Volviendo al tema local. Es cierto que el venezolano ha sido descrito como una persona de temperamento abierto y jovial. También los psicoanalistas venezolanos son personas poco creídas de sí mismas, de su estatus o jerarquía. Somos bastante familiares. Sin embargo, frente a las situaciones públicas o comunitarias, y frente a la situación política y económica del país, los psicoanalistas se han mantenido al margen. Se han mostrado distantes, reservados y temerosos de plantear su forma de pensamiento públicamente. Me parece una contradicción. Sobre todo cuando en otros países los psicoanalistas –aunque mucho más montados en un pedestal– han tenido una participación pública muy intensa, con tomas de posición abierta frente a eventos políticos.

Pienso que el psicoanálisis ha tenido un prejuicio con el que se identifican muchos colegas, relativo al tema de la “contaminación”. Se considera que la figuración del psicoanalista en el ámbito social y cultural puede comprometer su neutralidad. Los analistas han sido reacios a participar en actividades comunitarias o en acciones políticas. Son escasísimos los casos de psicoanalistas que en países de Europa, por ejemplo, se lanzan a participar en actividades políticas. Ello forma parte de un prejuicio. Al igual que la idea errada –de la que sufrí las consecuencias– según la cual los psicoanalistas debían retirarse de la actividad profesional en las instituciones públicas para dedicarse a su consulta privada. Ése ha sido uno de los factores fundamentales de la pérdida de los espacios del psicoanálisis y de la disminución de la proyección de nuestras teorías.

Ahora estamos tratando de reconquistar esos espacios. Yo era adjunto del Hospital Vargas, psiquiatra de adolescentes en el Seguro Social. Todo eso no era visto con simpatía dentro de las instituciones psicoanalíticas. No se estimulaba que uno se quedara allí trabajando como forma de difusión o de soporte a la divulgación de nuestras ideas. Al contrario. El ejemplo de nuestros propios maestros, lo que se decía –más allá de los aspectos econó-

nicos—, planteaba como objetivo retirarse hacia lo privado. Y así lo hicimos muchos. Yo renuncié a mis cargos públicos para dedicarme a la actividad privada que es lo que sigo haciendo.

Esto está cambiando. Pero ¿qué ha hecho cambiar a los analistas?, ¿la reflexión sobre estos aspectos, la evolución de las ideas, o la presión de la realidad? ¿Qué es lo que ha empujado a los psicoanalistas a asumir posiciones políticas más abiertas y más cuestionadoras? La presión social y la crisis del psicoanálisis. El hecho de que los consultorios repletos de pacientes, con listas de espera de otros tiempos, se han comenzado a vaciar. Y los psicoanalistas hayan quedado ubicados únicamente en los enclaves propiamente psicoanalíticos.

La imagen es muy fuerte, pero habla del proceso de aburguesamiento en que entró el psicoanálisis.

Económicamente, un analista sólo con su ejercicio privado vivía como una persona de muy buena posición. Y, en muchas partes del mundo, sigo constatando que los psicoanalistas de mi generación gozan de posiciones socioeconómicas y culturales que muchas otras profesiones no aportan. También uno oye comentarios de colegas más jóvenes y candidatos sobre lo difícil de la situación. A mí me ha tocado trabajar como *sponsor* en Brasil y como *chair* de un *site visit* en Guadalajara, y he podido escuchar la dificultad de los colegas de esas sociedades para sostenerse económicamente; tanto como los enormes esfuerzos de los candidatos para formarse.

No es una situación exclusiva de nuestro país.

No, la crisis del psicoanálisis es mundial. Y uno lo conversa en los congresos. Incluso, en países donde uno supondría que la situación del psicoanálisis puede ser diferente.

Aquí nosotros estamos viviendo una atmósfera muy particular desde el punto de vista político. Pero, en Francia o Inglaterra, los colegas están atravesando situaciones complicadas tanto para tener pacientes, como para cobrar los honorarios adecuados. En otros países como Alemania, Francia e Inglaterra los psicoanalistas se han adscrito a la seguridad social que pagan el costo de los tratamientos.

Ya para terminar, ¿qué puede aportar el psicoanálisis a la sociedad venezolana en estos momentos de crisis?

Los psicoanalistas podríamos aportar mucho. Yo me he sentido siempre involucrado desde el punto de vista político. Me interesé en la política antes que en la psiquiatría y el psicoanálisis. Por eso me afecta muchísimo las condiciones que estamos atravesando en el país, porque he suscrito las ideas de cambio social y de mejora de las condiciones de vida del ser humano, a lo largo de toda mi vida. Pero la vida sufre transformaciones y toma caminos que no coinciden con la manera en que uno piensa que deben seguir las cosas. Creo que los psicoanalistas podríamos hacer mucho. He dicho algo que puede sonar muy duro: somos marginales, porque nos marginamos. Por los escrúpulos para aparecer públicamente, por temor a que nuestras imágenes sufran los cuestionamientos de cualquier personaje que está sometido a los avatares de la vida política y pública. Esto nos ha hecho mantenernos al margen de todo. Entonces la sociedad no nos piensa como personajes útiles.

Dígame una sola cosa que pudiéramos hacer como psicoanalistas.

Durante el paro general de 2002-2003, la Sociedad Psicoanalítica de Caracas creó un “Mensaje de ayuda psicoanalítica”. Junto a la doctora Alicia Leisse, tuve la oportunidad de trabajar con un grupo de personas que estaban muy afectadas emocionalmente y los efectos fueron muy positivos. Ése es un ejemplo de algo que se hizo y produjo resultados.

En la actualidad política, nuestra presencia podría servir para promover un gran movimiento de unidad nacional, en aras de mejorar las condiciones del país y el clima de confrontación política en el que vivimos. Manejamos el principio de “honestidad consigo mismo” y estamos entrenados para oír lo que en el intercambio terapéutico puede ser señalado como problemas y conflictos. Podemos ayudar a la gente a asumirlos y tomar conciencia de ellos. Eso mismo, *mutatis mutandi*, podría hacerse a nivel de grupo.

No con planteamientos terapéuticos, pero sí a través de un análisis que nos permita ver qué impide la unidad. ¿Cuáles son los elementos que hace que personas, ante una situación que reclama a gritos la unidad, persistan en mantener una división suicida? Nosotros manejamos conocimientos y variables de la personalidad humana muy importantes. Y es posible que estos conocimientos puedan ser oídos. En una oportunidad fui invitado como psicoanalista a hablar sobre el masoquismo en la política, y les

resultó muy interesante ver cómo un fenómeno individual puede llevar a crear una serie de problemas en otros ámbitos.

Pero habrá, primero, que rescatar nuestra credibilidad, la validez de lo que podemos decir. Y tratar de intercambiar. Tampoco vamos a presentarnos como unos brujos o profetas a decir lo que anda mal, sin involucrarnos en el trabajo. Habrá que hacerlo como lo hacemos en un grupo que está enfrascado en una dificultad, o como intervenimos a nivel familiar. ¿Por qué a pesar de las diferencias, se logra el rescate de las coincidencias y la promoción del trabajo en común? Bueno, porque como psicoanalistas ayudamos a elaborar los problemas y, en la discusión misma, damos cuenta de las exageraciones, los errores y las posiciones equivocadas. Eso habrá que hacerlo a otro nivel.

Pero hemos perdido espacio, y, además, el discurso político es muy poco permeable a otra manera de enfocar las cosas. Ése es un trabajo que tenemos los psicoanalistas por delante y para el cual, quizás, debemos tomar la iniciativa en vez de esperar que nos inviten.

Caracas, febrero de 2006